

REVISTA

Encuentro en La Habana

...

DELIA BLANCO

Edouard Duval Carrié sale al escenario artístico haitiano en el mismo momento en que Haití entra en la pantalla del mundo. Pintor contemporáneo de la generación de los 80, su visión del arte se inscribe como la prolongación de sus mayores. La manera, el estilo, encierran el lenguaje del creador haitiano, pero Duval Carrié pertenece al viaje y a las "idas y vueltas" de todos los jóvenes artistas, obstinados por dejar trazas en lo universal.

Una cierta visión de la tradición surge en las situaciones, los lugares y los cuerpos. Su realidad está más empapada de humor que de gravedad. La fuerza de los colores realza el mensaje y ofrece una nota de lucidez violenta. Podríamos ya señalar la paleta y las gamas de este pintor que mezcla lo figurativo y lo real con una osadía desnuda como para ofrecer al "nâif" una definición más próxima del temperamento que del género. No se puede ignorar que las telas de Duval Carrié están habitadas por una espiritualidad que fusiona con el vudú y la filosofía oriental para conducir el paso hacia una estética barroca y moderna, combinada de géneros, conjugada por estilos que al pintor le gusta manejar con el volumen y el relieve de los edificadores. Los marcos de sus telas indican bien esa voluntad de querer construir creando.

En la obra de Duval Carrié el espíritu anima la materia y la naturaleza aparece como un sujeto hechizado.

[*Dos pintores, una isla*. Bruselas, 1991]

Duval Carrié sigue instalando sus telas como ya lo hizo con el tríptico *Retablo de los esclavos* en 1993, en París, en el Museo de África y Oceanía. Pero la memoria de hoy es más simbólica, dando rienda suelta a la expresión popular de los dioses y de los seres del templo. El sujeto figurativo ya no es héroe, o personaje real de la historia que liberó al pueblo haitiano de la esclavitud. Sus personajes pertenecen cada vez más a sus sueños, a su fantasmagoría. La composición sigue moviéndose entre el refinamiento barroco y una maestría académica frente a la realidad. De este lazo con la fantasía y la magia, permanece el temperamento de Duval Carrié, siempre dispuesto a contar Haití, con una obsesión de belleza que rebasa la más cruda y violenta realidad. Para "ayudar a la memoria", en sus obras expuestas en la Bienal de La Habana, Duval Carrié nos ofrece los mitos y los dioses, la metáfora y el símbolo para empezar a olvidar el desastre.

Técnicamente, la materia nos parece más nítida, los marcos transparentes señalan la posibilidad de salir de los límites de la tela para alcanzar los recuerdos en lo más profundo. En el conjunto se destaca Oggún, dios de la fuerza, del amor y de la guerra, con la virtud de poder ser hombre o mujer. Seguimos pensando que Duval Carrié es un pintor de la gran tradición de los muralistas mejicanos y nos atrevemos a intuir en él una fuerza de imaginación y de composición como la tenía Diego Rivera, justamente por esa relación intensa que cruza la historia, la realidad y la mitología en toda su obra.

[La Habana, 1997]